

su habilidad para corregir los errores que comete.

No niego que haya perfección en la naturaleza, pero está toda oculta.

Y lo que pasa en la naturaleza pasa también en la vida. La vida no es una ciencia exacta; es un experimento positivo. En verdad, no es ciencia siquiera; es un arte; y una ciencia puede aprenderse en un libro, pero un arte sólo se aprende con la práctica.

La vida no es una aritmética con soluciones al fin del libro, que pueden obtenerse con seguridad si se siguen las reglas; la vida es un acertijo en el que nos mantenemos trabajando hasta encontrar su solución, es un juego de solitario en el que a veces se gana y a veces se pierde; la pérdida puede deberse a estupidez o a que las cartas no son buenas.

El derecho más inalienable y precioso de todo ser humano es el derecho a cometer sus propios errores. Prívesele de él y se le hará grave injusticia. Cuando Dios creó nuestra alma inmortal, nos dió un privilegio inestimable, de mayor valor que ninguna otra cosa, el privilegio de entregarnos al Diablo si nos da la gana.

Tú puedes haber estado formando tu reputación durante cuarenta años, pero en cualquier momento, ahora mismo, puedes echarla toda a perder, arruinarte, con un solo acto de locura.

Si no tuvieses ese poder de libertad, no serías hombre, no serías superior a un perro o a un caballo. Los animales no cometen errores como nosotros, pues son guiados por instintos infalibles. Dondequiera que existe el reinado de la razón, existe la falibilidad.

Al cometer errores te das cuenta de tu insensatez, y este es el conocimiento más valioso del mundo. Te das cuenta de tu debilidad, conocimiento esencial para llegar a ser fuerte. La conciencia del error es el umbral de la sabiduría.

Confínesse a un muchacho, no se le permita jamás cometer errores, manténgasele libre de toda tentación, del vino y de las mujeres y de las franquichelas; suéltesele luego a la edad de veintiún años en este mundo adverso, y no habrá caminado dos cuerdas sin que alguna sirena de ojos picarescos lo atrape, o sea víctima de algún engatizador. Y es que cuenta con todas las buenas cualidades, excepto las que necesita. Podría irle admirablemente en el cielo, pero en la tierra el único lugar seguro para él será la cárcel. Mientras que el muchacho ordinario, inexperto, ridículo, lleno de absurdos entusiasmos y fantasías, cuando llega a la edad de veintiún años, es bastante competente para cuidarse a sí mismo, pues cuenta ya con larga experiencia adquirida cometiendo errores.

Alemania, en la última guerra, era

monstruosamente eficiente. Tenía un ejército perfecto, perfectamente administrado. Inglaterra y los Estados Unidos no estaban preparados y su disciplina era muy deficiente. La máquina militar alemana rodó sobre Bélgica y penetró en Francia con la precisión de un reloj. Los expertos dicen que debía haber ganado la guerra en seis meses. Pero no la ganó. Sucedió algo inesperado; se cometió algún error o alguna falta. Alemania no sabía cometer errores. Sólo sabía ser perfecta. Inglaterra, se dice, procedió torpemente; lo mismo lo hicieron los Estados Unidos. Los periódicos describieron el mal estado en que se hallaba nuestro país. Falto de preparación; con un ejército insignificante. El Presidente, el Secretario de la Guerra y el Secretario de la Armada eran incompetentes. No había barcos. El Congreso obraba torpemente. Todo estaba en desorden; y, claro está,

## La tarde

PARA REPERTORIO AMERICANO.

*He bebido del chorro cándido de la fuente.  
Traigo los labios frescos y la cara mojada.  
Mi boca hoy tiene, amado, la estupenda  
[dulzura  
de una rosa jugosa, nueva y recién cortada.*

*El cielo ostenta una limpidez de diamante.  
Estoy ebria de tarde, de viento y primavera.  
¿No sientes en mis trenzas olor a musgo,  
[amante?  
¿No me hallas hoy flexible como una enre-  
[dadera?*

*Elástica de gozo como un gamo he corrido  
por todos los ceñudos senderos de la sierra.  
Y el galgo cazador que es mi guía, rendido,  
se ha acostado a mis pies, largo a largo, en  
[la tierra.*

*¡Ah, qué inmensa fatiga me derriba a la  
[grana  
y abate en tus rodillas mi cabeza morena,  
mientras que de una iglesia campesina y  
[lejana,  
nos viene un lento y grave llamado de novena.*

## Como la primavera

*Como un ala negra tendí mis cabellos  
sobre tus rodillas.  
Cerrando los ojos su olor aspiraste  
diciéndome luego:  
—¿Duermes sobre piedras cubiertas de musgo?  
¿Con ramas de sauces te alas las trenzas?  
¿Tu almohada es de trébol? ¿Las tienes tan  
[negras  
porque acaso en ellas exprimiste un zumo  
retinto y espeso de moras silvestres?  
¿Qué fresca y extraña fragancia te envuelve!  
Hueles a arroyuelos, a tierra y a selvas.  
¿Qué perfumes usas? Y riendo te dije:  
—¡Ninguno, ninguno!  
Te amo y soy joven, huelo a primavera.  
Este olor que sientes es de carne firme,  
de mejillas claras y de sangre nueva.  
¡Te quiero y soy joven por eso es que tengo  
las mismas fragancias que la primavera!*

JUANA DE IBARBOURO.

cometimos muchos errores, *pero sabíamos el modo de utilizarlos*, habíamos estado practicándolo durante cien años; y el resultado fué que cuando los expertos en cometer errores de los Estados Unidos, del Canadá, de Australia, de Inglaterra, de Francia y de otras torpes democracias entraron de lleno en el conflicto, la espléndida máquina alemana que carecía de defectos se vino por tierra. Para el hombre que ha cometido errores toda su vida, utilizándolos para mejorar sus esfuerzos, la derrota y la humillación son el pan de cada día, prosperan con él, y avanzan a tropiezos hasta llegar a la meta.

No te preocupe, pues, lo que podrías haber hecho si no hubieses cometido cierto error o si no hubieses tenido mala suerte. Tu problema no es nunca «¿qué podrías haber hecho si...?» sino «¿qué puedes hacer en todo caso?» Si has caído en el combate, si tienes las rodillas desolladas, un ojo hinchado, un hombro manando sangre y un dolor en la espalda; si has hecho una inversión desastrosa confiado en un amigo falso, o sido traicionado o burlado, ¿qué hacer? Levantarte y proseguir la lucha. El hombre que triunfa es el que no dimite. Tus errores y tus desgracias no hacen sino volverte a la humanidad, nuestra madre común, y puedes levantarte con nuevas fuerzas, como Atlas cuando tocó la Tierra.

Prefiero siempre remontarme a Dios en mi pensamiento, lo mismo que un marinero se remonta a la estrella polar. Así, pues, preguntémosnos ¿por qué nacimos?, ¿qué objeto se propuso Dios al crearnos? Yo creía que nos había creado para ser buenos y perfectos. Ahora sé que no fué así, por la sencilla razón de que si ese fué su objeto se equivocó; y yo rehusé creer que El se equivoque. Seguramente, si Su intención hubiese sido que nosotros fuésemos buenos y perfectos habría hecho por lo menos una media docena como muestra. Pero no lo hizo. Todos somos imperfectos. La historia no registra en sus anales un hombre perfecto, con tal vez, una excepción.

Nosotros debemos hacer aquello para lo que El nos destinó, de lo contrario El fracasa, lo cual es absurdo. Hay algo que todos hacemos, a saber: crecer y evolucionar. El desarrollo, no la perfección, es el rasgo característico del universo. El individuo evoluciona, el mundo evoluciona. El muchacho llega a hombre; la humanidad progresa. El ideal en la bellota es la encina.

No se puede evolucionar sin cometer errores.

El nene aprende a cuidarse a sí mismo cayendo y tropezando en todas partes. El sagaz hombre de negocios está lleno de cicatrices. El erudito